

RETRATOS DE CUERPO ENTERO: *CARTAS DE AMOR DE UN SEXAGENARIO VOLUPTUOSO*, DE MIGUEL DELIBES.

José Luis Ortiz Rodríguez

Dos años después de la publicación de *Los santos inocentes* (1981), una de sus obras maestras, aparece *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*, obra considerada menor dentro de la novelística de Delibes, si bien contiene todas las virtudes que caracterizan su escritura.

*Cartas de amor* es una novela epistolar –variante de la novela psicológica- de trama amorosa, modalidad rara en el siglo XX, pero que conoció días de gloria en la literatura europea del siglo XVIII, en autores como Samuel Richardson (*Pamela o la virtud recompensada*, *Clarissa*), Rousseau (*Julia o la nueva Eloísa*) o Goethe (*Las penas del joven Werther*), época en que la ficción arrastraba una especie de complejo de inferioridad frente a la solidez de la Historia, lo que inundó de memorias, diarios o cartas el género narrativo, con el fin de dar a la ficción una apariencia de realidad. Lejos del aroma romántico que desprenden las citadas obras dieciochescas o del peculiar realismo de Valera en su *Pepita Jiménez* (1874), la novela de Delibes es una obra que ironiza sobre los planteamientos idealistas de esos autores.

*Cartas de amor* no está planteada como un intercambio epistolar. Reúne una serie de misivas fechadas entre el 25 de abril y el 20 de octubre de 1979, escritas por un hombre peculiar, Eugenio Sanz Vecilla, periodista jubilado, solterón y vecino de un pueblecito castellano, y dirigidas a una mujer viuda con tres hijos, cincuentona y sevillana, llamada Rocío, cuyas cartas quedan sobreentendidas por las respuestas que a estas da Eugenio. Tanto la fecha de redacción de la novela como la de cada una de las cartas, nos sitúan en plena Transición española, con los cambios de mentalidad consabidos respecto al período precedente y el desplazamiento de las zonas de poder o influencia de aquellos que colaboraron con el franquismo. Ello es significativo en el caso de Eugenio, cuyas cartas van poco a poco revelando veladamente su connivencia con el régimen desde una posición de favor, acomodaticia y trepadora, en el periódico *El Correo*, que él trata de minimizar, relativizar o incluso negar.

En esas cartas, Eugenio se nos revela como un tipo gris, convencional, de temperamento nervioso –aunque por autocontrol transmita la sensación de calma-, irascible a veces, inflexible incluso en menudencias, machista, tacaño, resentido con sus colegas de profesión, claustrofóbico, maniático y, muy especialmente, voluptuoso. Las cartas – esto es, su escritura- son su justificación y su redención, en tanto que al examinarse y confesarse bajo su propio prisma se ve exculpado ante sí y

ante el lector (doble lector, como explicaremos) y elevado a una condición más alta.

En este sentido, como novela epistolar, *Cartas de amor* se adentra, desde la ficción, en otras modalidades vecinas, pues son también diario, confesión o libro de memorias, ya que el narrador, además de querer conquistar a la dama, va desgranando su historia personal, vida familiar, vicisitudes profesionales, gustos o amistades.

El narrador-protagonista se construye a sí mismo mediante la escritura; no tiene más cortapisas que su propia conciencia, una conciencia laxa, pues él se considera ante todo un hombre de elevados valores. Y es un narrador que se muestra especialmente manipulador, por el mero hecho de que su personalidad y sus actos están en juego: Eugenio escribe para ser juzgado por una dama a la que pretende. Así pues, su personalidad ha de revelarse por los resquicios de su propia escritura, aquellos que traicionan sus coartadas, así como por la voz de Rocío, protagonista ausente.

Rocío, además de personaje, cumple también la función de lector – «lector interno»- en tanto que, como destinataria de las cartas, lee, interpreta y enjuicia. Ahora bien, como personaje, está sujeta a interpretación por parte de nosotros, «lectores externos», aun cuando reconozcamos en ella su calidad de personaje mediatizado por la escritura de Eugenio, ya que su voz es «prestada» por el mismo redactor de cartas.

Las cartas, pues, ocultan tanto como revelan, juegan con la realidad y la apariencia y, en este sentido, Eugenio y Rocío, al cerrar el libro, serán personajes con no pocas zonas ambiguas, oscuras o inaccesibles.

La primera duda que surge es la razón por la que Eugenio busca esposa, lo que le lleva a hojear la revista *La Correspondencia Sentimental*. El narrador alude a ello vagamente; sin embargo, poco a poco crece en Rocío y en nosotros la sospecha de que tal vez busque en una esposa los cuidados caseros y hasta maternos que le proporcionaba su «difunta hermana Eloína», cuya sustituta, una criada de nombre Querubina, se muestra lejos de satisfacer.

Delibes ha evitado crear una novela de tesis, ideológica, con personajes de rasgos maniqueos. Ciertamente, no debemos perder de vista que, de principio a final, el narrador se justifica o exculpa antes de quedar en mal lugar, y el lector percibe que en Eugenio, tal y como él se construye, hay más de artificioso que de sincero, lo cual no excluye que en ocasiones se exprese con franqueza. Refugiado en su retórica de periodista que conoce los secretos del oficio, pretende llevar a su interlocutora (su lectora) a su terreno, pero no cabe duda de que, conforme avanza su relación epistolar, procede a expresarse con mayor sinceridad. Hombre tímido e introvertido, aunque con alto nivel de control, llegado a ese punto, Eugenio es capaz de exponerse inocentemente al juicio ajeno, plagando sus cartas de continuas referencias al dinero, su gustosa afición por su

hermana Rafaela o habladorías en torno a su ética profesional en sus años de periodista. Y lo mismo que abre vías inoportunas e indiscretas, procura recoger velas cuando se ve delatado, cayendo a menudo en la contradicción. Así, a propósito de la tacañería ajena, no la propia, sentencia: «¿Para qué se ha inventado el dinero más que para gastarlo?».

El proceso de enamoramiento, según los avances y retrocesos de la relación, presenta un rasgo formal que lo identifica: el encabezamiento y la despedida de cada carta. La primera, contenida y retórica, se abre con «Muy señora mía» y se cierra con «Con respeto y amistad». Progresivamente, el redactor de cartas va ganando terreno, provocando a menudo la sonrisa del lector: «Distinguida amiga»/ «Con sincero afecto»; «Estimada amiga»/ «Besa sus pies»; «Querida amiga»/ «Su devoto amigo»; «Querida Rocío»/ «Tú mandas, tú reinas en este pobre corazón solitario» (principio de su enamoramiento adolescente); «Mi pequeña Rocío, mi gran amor»/ «Recibe la veneración de tu incondicional...», etc.

Por más que el narrador intente ocultar su voluptuosidad, esta le desborda. Su pasión por su también difunta hermana Rafaela viene acompañada de minuciosas descripciones de singular destello erótico, o su alborozo ante la contemplación de una fotografía en bikini de Rocío (por otra parte, obsesivamente requerida), le lleva a escribir sin más preámbulos: «Dios mío, querida, ¿eres tú? »; y, después de deleitarse en ella, despedirse sin ambages con un «tuyo encendido admirador». Ante la acusación de «sátiro incestuoso» y «mirón» por parte de Rocío, Eugenio se defiende, pero su defensa lo acusa aún más y, sin querer, vuelve reiteradamente a la carga. Es un hombre que se deleita en la contemplación de la carne femenina.

Eugenio enlaza sin pudor esa pasión hacia su hermana Rafaela con la que sentía, siendo niño, hacia su maestra, la señorita Paz, y la que ha revivido con la contemplación de la foto en bikini de Rocío. En el fondo, pues, la pasión incestuosa sigue intacta, y así se explica la anticipación de la primera carta en la que el narrador, disimulando, dice desconocer las razones que le han impulsado a escribir a la dama tras leer su sencillo anuncio en *La Correspondencia Sentimental*. Y es que, como confesará más adelante, unos datos en apariencia inocentes («aire juvenil», «cincuenta y tres kilos de peso y un metro sesenta de estatura») serán las que le recuerdan exactamente a su hermana Rafaela.

Ese intento de ocultación de la voluptuosidad viene sugerida, desde el principio, por presentarse el narrador-protagonista, siempre moralista, como austero y sobrio en el comer, cuando más adelante confesará que es un hombre obeso (un metro sesenta y ochenta y cinco kilos) y aludirá reiteradamente a los placeres de la mesa. El lector sospecha que incluso se miente a sí mismo o prefiere no profundizar demasiado en ello cuando denuesta a Freud por temor a verse retratado (paradójicamente, encontrará en las cartas a la amada un medio para psicoanalizarse).

Voluptuosidad reprimida e inconfesable, pues: virgen a los sesenta y cinco años, mirón, sátiro, apocado y sumiso socialmente, y cuya hipocondría y ataques de ira e histeria son una muestra más de su desarreglo. Su sentido de culpa viene sugerido por su ritual de aseo cotidiano, como vía de purificación.

Su familia ha sido determinante para forjar su personalidad. Huérfano de padre y madre desde niño y con numerosos solterones en su entorno familiar, Eugenio se ha convertido en uno más; Rafaela será su modelo de amante y su hermana Eloína, de cocinera, ama de casa y madre desvelada: «Mi difunta hermana Eloína me aguardaba levantada y, aunque ya no era ningún chiquito, me tomaba en brazos, me acunaba». La tendencia al incesto, como se percibe en una de las cartas, tampoco era inusual en su familia.

La voluptuosidad del protagonista no es óbice, sin embargo, para que sucumba a un enamoramiento propio de adolescentes con ribetes de pastiche del *Werther*; por ejemplo, la despedida: «Te quiere tu desventurado amigo», culminación de su fallida propuesta de contemplar ambos simultáneamente, en comunicación telepática, la luna llena, escuchando la *Pequeña serenata nocturna*, de Mozart. Ese enamoramiento adolescente se expresa a menudo en términos religiosos, como *fervorosamente*, *veneración*, *devoción* o el verbo *idolatrar*. En este sentido, una de las ambigüedades de la novela reside en discernir si es o no impostado el amor que el protagonista confiesa experimentar, amor que – no olvidemos– nace solo a través de cartas y de la contemplación de una foto en bikini de la amada.

Eugenio se define en sus cartas, para sorpresa del lector, como un hombre honesto, «un hombre de bien, doméstico y tranquilo» que se ufana «de no transgredir la ley moral». Aparte de su carácter libidinoso o su agresividad en momentos concretos, hay datos en sus cartas que lo desmienten, y grietas y eufemismos en su relato que suscitan sospechas de un comportamiento indigno; así, la de sus pequeñas corruptelas cotidianas o la de haber ejercido la censura en el ejercicio de su profesión, después de haber sido trepador y oportunista, un periodista «disciplinado», no un mediador o una víctima, como él se presenta.

La honestidad de la que hace gala va unida a una personalidad machista y un convencionalismo social y religioso propios de la época, así como a una serie de defectos que el protagonista –clemente consigo mismo– únicamente percibe, implacable, en los demás: muy susceptible, inflexible y recalcitrante (al fumar, «tragar el humo es una grosería»), cotilla, resentido en el terreno laboral, antijudío, gran tacaño...

Mucho de lo confesable e inconfesable de la personalidad de Eugenio está enfocado desde una perspectiva humorística. Por ejemplo, la devoción y la conquista amorosas del protagonista se alían con una sarta de dolencias que, como buen hipocondríaco, padece: la recurrente

hiperclorhidria; flatulencias, supositorios y diarreas (con ese castizo «me voy de vareta»); la vigilancia constante de las transaminasas de la amada, la alabanza de su propio babeo («babear durante el sueño es indicio de placidez») ... No son desdeñables tampoco la descripción de su vestimenta de cama diseñada para combatir su frío perpetuo, su vocabulario o sintaxis arcaizante («cabe la casa», «y aquí me tiene usted, ante su vera efigie»), la tendencia a lo sublime y cursi en sus descripciones, sus constantes alusiones al precio de las cosas, sus paseos habituales empujando el carricoche de su amigo Ángel Damián, o humoradas de despedida, como la elaboradísima «Reciba un saludo afectuoso de s.s.s.q.b.s.p.», o la evocadora y romántica «la recuerdo con cariño entre montañas»).

Nunca es tarea fácil deslindar personaje y autor, pero no es complicado reconocer en Eugenio determinados rasgos biográficos de Delibes, por ejemplo, las interioridades del oficio de periodista, la defensa del campo y la vida rural (Eugenio sigue el tópico del menosprecio de corte y alabanza de aldea), o las alusiones relativas al proceso mismo de la escritura.

La personalidad de Rocío participa también de la ambigüedad. Sus reflexiones y juicios iniciales –que nos llegan siempre por mediación del narrador, Eugenio– corresponden a una persona madura, juiciosa, observadora y franca, sin ninguna reticencia para expresarse abiertamente, aun cuando incomode a su interlocutor. Entre otras cosas, ella afirma, tras ver la foto del pretendiente, que este exige mucho del físico de una mujer y da poco a cambio, con lo cual señala los límites de su atracción.

Llama la atención el hecho de que, mientras el lector comienza a albergar dudas acerca del enamorado, Rocío, sin embargo, da un paso adelante en su relación, sugiriéndole el tuteo (ese «tu Rocío» que Eugenio encuentra rejuvenecedor y erótico) y aceptando un encuentro real entre ambos.

Una nueva duda surge respecto a la autonomía de su pensamiento e incluso sus intenciones reales, pues comprobamos que hace partícipe de su correspondencia con Eugenio a su hijo Federico, estudiante de Ciencias de la Información, de ideas progresistas y redactor de una «tesina sobre la censura previa en los primeros años de posguerra». Podría sospecharse que ambos utilizan a Eugenio, a partir de determinado momento, como fuente de información primaria para dicha investigación académica.

Eugenio comienza a encontrar evasivas en las cartas de Rocío (carta «distante, fría, burocrática») y, aún peor, palabras de desencuentro, rechazo o enojo que, al parecer, no desagradan del todo al enamorado («mi fiera gatita», le contesta, cariñoso). Delibes conduce al lector a asistir al naufragio de esa relación ante la ceguera del protagonista, pero guarda una sorpresa para el final: la traición de su amigo Baldomero Cerviño, compañero del periódico, viudo como Rocío, al que ha dibujado

(«construido») a través de sus cartas como fiel amigo, hombre bueno, cabal, generoso, apuesto, inteligente e intrépido. Será el amigo Baldomero quien le arrebate a la novia sevillana. El lector desconoce, en realidad, la condición moral de este personaje. Podemos conjeturar, con todo, sobre la doblez con que actúa Cerviño, no solo por tal demostración de «amistad» (posiblemente denigrando, además, por la espalda a Eugenio), sino también por sus antecedentes profesionales, similares a los del protagonista. No menor fingimiento parece deducirse del comportamiento de la amada, pues, al juego a dos bandas en lo amoroso, añade una treta malintencionada (¿o acaso una merecida lección al «sátiro»?) que solo se nos revela en la penúltima carta: la modelo juvenil y atlética de la foto con la que obnubiló a Eugenio no era realmente ella.

Señalábamos más arriba la ambigüedad del texto, el juego entre realidad y apariencia en que se apoya y que Delibes, como vemos, mantiene hasta el final.